

4724

ADMINISTRACIÓN  
LIRICO-DRAMATICA

---

---

# LA FLOR DEL ESPINO

DRAMA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON VALENTÍN GÓMEZ

---

SEGUNDA EDICIÓN

---

MADRID  
CEDACEROS, NÚM. 4, SEGUNDO  
1895

7



LA FLOR DEL ESPINO

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

# LA FLOR DEL ESPINO

DRAMA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

**DON VALENTIN GOMEZ**

---

ESTRENÓSE EN EL TEATRO ESPAÑOL EL 18 DE MARZO DE 1892

*Qui percusserit patrem suum aut matrem,  
morte moriatur.*

(EXODO, XXI, 15.)

---

**SEGUNDA EDICIÓN**

---

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1895

# THE HISTORY OF THE

REPUBLIC OF THE UNITED STATES

OF AMERICA

FROM 1776 TO 1876

BY

JOHN P. HARRIS

NEW YORK

1876

1876

Published by the

Author

A la santa memoria de mi Madre

---

*Recibe desde el cielo ¡oh madre mía! este humilde tributo del amor de tu hijo, que no te olvida nunca.*

# REPARTO

---

## PERSONAJES

---

## ACTORES

---

|                             |                        |
|-----------------------------|------------------------|
| ELVIRA (20 años).....       | Sra. Contreras.        |
| ALDONZA (dueña).....        | Revilla.               |
| JUAN ALONSO (45 años).....  | Sr. Calvo (D. Rafael). |
| PEDRO ALONSO (80 años)..... | Jiménez (D. Donato).   |
| DIEGO (25 años).....        | Calvo (D. Ricardo).    |

---

La acción en las cercanías de Brihuega

---

Época de Felipe V



---

# ACTO UNICO



Una sala modesta de casa de un hidaigo. En el fondo la puerta de entrada, y al lado derecho una ventana. Puertas laterales. Una lámpara de bronce ilumina la estancia. Una mesa de nogal; sillón de vaqueta y taburetes.

## ESCENA PRIMERA

PEDRO ALONSO, ELVIRA y ALDONZA, cerca de la mesa. El primero en el sillón de vaqueta: las otras dos en taburetes.

ALD. Si os place, señor, que cierre la ventana... el aire es frío, y hay corriente, y...

PEDRO No me importa.

ALD. Ved que no sois ya tan niño para jugar de ese modo con vuestros eternos bríos.

PEDRO Y lo son, voto á mi nombre. ¿Dudáislo?

ALD. El cielo es testigo, señor, de que en ellos creo bastante más que en los míos. Pero así y todo es prudente...

PEDRO No insistáis más...

ALD. Bien; no insisto; quede abierta la ventana.

ELV. (Aparte á Aldonza)

Déjale con sus caprichos.

PEDRO Si á vos, Aldonza, os molesta de la lluvia el manso ruido

y temeis que vuestros huesos  
se conviertan en granizo  
á la primera oleada  
del otoñal vientecillo,  
yo no tengo esas molestias,  
ni esos temores abrigo.

Quien con la vista no goza,  
dar gusto quiere al oído,  
y oyendo caer el agua  
gusto doy, Aldonza, al mío.

En cuanto á temores... juro  
que no han de poder conmigo  
ni aires colados, ni escarchas,  
ni humedades, ni pedriscos.

ELV. Dios os conserve así tantos  
años como yo le pido.

PEDRO Muchos ya no pueden ser,  
que ochenta tengo... y el pico;  
y como no se usa ya  
que vivan los hombres siglos...  
Pero entre tanto, sin miedo  
á esas pequeñeces vivo.

¡Ah! ¡si el calor de mi alma  
á mis ojos diera brillo!

ELV. ¿A que vais á entristeceros  
sin ocasión ni motivo?

PEDRO No, hija mía; pero á veces  
le asalta á uno de improviso  
cualquier idea... y los ciegos  
que en sombra eterna vivimos,  
solemos ser, hija mía,  
taciturnos y sombríos.

ELV. ¿Y vais á serlo esta noche,  
que es noche de regocijo  
para quien anhela el triunfo  
del rey don Felipe quinto?  
¿Cuando alemanes é ingleses  
son en Brihuega vencidos,  
y el sol de la paz sonrío  
á nuestros campos marchitos,  
vos, señor don Pedro Alonso,  
de esta rama tronco altivo,  
vais á doblar vuestra frente  
ceñida de blancos rizos,

cual melancólico sauce  
entre arrayanes nacido?  
PEDRO ¡Elvira! mi nietezuela,  
sostén y consuelo mío,  
flor que brotó en el desierto  
de mis dolores prolijos,  
y que entre abrojos naciste,  
como la flor del espino,  
para embriagar con aromas  
este lugar escondido,  
perdona si hoy á mi mente  
acuden en torbellino  
los espantosos recuerdos  
de las maldades de mi hijo.  
¡Diez y ocho años hace, Elvira,  
á esta hora justa cumplidos,  
que aquel infame!...

ELV.

(¡Ay!)

PEDRO

Huyó

de nuestro hogar. y bien hizo;  
que el ambiente de la casa  
que él deshonoró con su inicuo  
proceder, debía ahogarle,  
ya que no le ahogué yo mismo.

ELV.

¡Era mi padre! (En son de súplica.)

ALD.

(Suplicando también.) ¡Señor!

PEDRO

¿Aun estais aquí? (A Aldonza.)

ALD.

¡Yo!...

PEDRO

¡Idos! (Con imperio.)

ALD.

Id á disponer la cena. (Suavizándose.)  
(¡Qué geniazo, Santo Cristo!) (Vase.)

## ESCENA II

PEDRO ALONSO, ELVIRA

ELV.

¡Olvidad!

PEDRO

¿Qué he de olvidar?

¿Cabe, por ventura, olvido  
en el crimen más horrible  
que cometer puede un hijo?

ELV.

Si Dios, que es padre de todos,

juzgara así... ¡ay, abuelito!  
¡Pobres de nosotros!

PEDRO

¡Qué!

¿Pues Dios no impone castigos?...

¡Mira este rostro manchado  
con el indeleble signo  
de mi deshonra y la suya...  
de las dos á un tiempo mismo,  
que el hijo que ofende al padre  
queda también ofendido!

Mírale bien: aun me abrasa  
como un estigma maldito;  
aun parece que la sangre  
hierve y zumba en mis oídos,  
y que el horror y la ira  
me hacen perder el sentido...

Huyó una noche, no sé  
si espantado de sí mismo,  
mas de cierto sin pensar  
en volver arrepentido.

Quedaste tú abandonada,  
huérfana y sola conmigo;  
ni yo otra hija que tú tengo,  
ni tú otro padre has tenido  
más que yo: juntos marchamos  
por el áspero camino  
de la vida; fui tu apoyo  
hasta que tú fuiste el mío,  
y cuando ya hacia el sepulcro  
mi paso incierto dirijo,  
pienso en darte un compañero  
que sea de tu amor digno.

Diego lo será... tú le amas...

ELV.

¡Con toda el alma! Él ha sido  
de mis primeras sonrisas  
enamorado testigo,  
y partícipe más tarde  
de mis primeros suspiros.

PEDRO

Tu esposo será... Mas todo,  
todo lo que yo imagino  
para hacerte venturosa  
y tranquilizar mi espíritu,  
no basta á desvanecer  
este recuerdo sombrío

que me saltea cada año  
y que me trastorna el juicio.  
Voces llegaron aquí  
de la muerte de mi hijo,  
y como prueba añadieron  
que un malhechor fué su amigo,  
y que le vendió... Rumores  
del vulgo locuaz y frívolo,  
que ni alejan mi temor,  
ni conjuran tu peligro.  
¡Ah! Sí: pensar en que puede  
venir aún á este retiro  
y arrancarte de mis brazos  
si así pluguiera al inicuo:  
temer que aquí se aparezca  
como un espectro fatídico,  
y trate de aislar mi vida,  
de que eres mi único arrimo...

¡Ah, hija mía, hija del alma!  
Cuando tal cosa imagino,  
espesas nubes aumentan  
de mi ceguera el martirio;  
mortal angustia me ahoga,  
y de horror estremecido,  
parece que voy rodando  
hacia el fondo de un abismo,  
sin una mano que ampare  
á este ciego desvalido.

ELV.

¡Padre! Por la Virgen santa,  
desechad esos delirios.  
¿Quién de vuestros brazos fuera  
capaz de arrancar los míos?  
¿Verdad que no?

PEDRO

ELV.

PEDRO

¡Padre, nunca!  
Llámame así; te lo exijo.  
Yo soy tu padre, yo sólo;  
ningún otro has conocido;  
yo sólo tengo derecho  
á gozar de tu cariño ..  
¿No es verdad?

ELV.

PEDRO

¡Padre!  
Yo soy  
viejo tronco carcomido;  
tú yedra amorosa y fresca,

de mi ancianidad alivio.  
Dentro de un año ó de dos,  
Diego será tu marido,  
y entonces, en vez de una hija,  
tendré en mi casa dos hijos...  
¡Siempre á mi lado! ¿verdad?  
Y cuando fuere servido  
Dios de llamarme á su seno,  
podré á entrambos bendeciros.  
Ahora el brazo, y á cenar...  
ELV. ¡Qué bueno sois, padre mío!

### ESCENA III

DICHOS, DIEGO por el fondo

DIEGO Dios guarde á la buena gente.  
ELV. ¡Diego!  
(Con amor, al cual corresponde Diego con el gesto.)  
PEDRO ¡Diego! Dios le guarde.  
¿Cómo en mi casa tan tarde  
y en noche tan inclemente?  
DIEGO Hay novedades de cuenta.  
PEDRO ¿De cuenta en este lugar?  
DIEGO Suele en un día pasar  
lo que no pasa en cuarenta.  
PEDRO ¡Ni en años!  
ELV. Ya lo adivino:  
es que el Rey llega.  
DIEGO ¡Ojalá!  
Mas, si el Rey no, llegará  
su justicia á un asesino.  
PEDRO ¡Qué! ¿Por ventura se trata  
de algún crimen espantoso?  
DIEGO No: se trata del famoso  
Martín Vargas el pirata.  
PEDRO ¡Ya! Lo han cogido, ¿no es eso?  
Y lo van á ajusticiar...  
Pues... no es cosa de dejar  
la cena por el suceso.  
DIEGO Paso, Pedro Alonso, paso,  
que no dais en lo que pasa:

¿viniera yo á vuestra casa  
á hora tal para tal caso?

PEDRO ¿Por qué no? El amor supuesto,  
cualquier hora es harto buena  
para entrar en casa ajena  
con el más fútil pretexto.

¿No conozco el mundo yo?  
¿no he sido joven también?  
Que me falte vista... ¡bien!  
pero entendimiento... no.

DIEGO Sois, en verdad, malicioso;  
mas yo os juro, por mi vida,  
que no hay ahora en mi venida  
ningún intento amoroso.

PEDRO Decid, pues.

DIEGO Digo, señor,  
que en la pasada refriega  
en que fué premio Brihuega  
del español vencedor,  
hallábase, á lo que advierto,  
ese famoso bandido,  
sin que encontrado haya sido,  
ni prisionero ni muerto.  
Entre el ejército inglés  
descolló su valentía,  
que, aunque traidor, no quería  
desmentir que español es.  
Cortose la retirada  
por nuestras tropas de modo  
que el ejército inglés todo  
vió su soberbia humillada,  
teniéndose que rendir,  
sin esperanza siquiera  
de que el alemán pudiera  
en su socorro acudir.  
No se escapó ni una rata;  
como testigo doy fe;  
¡ni una rata!

PEDRO Ya se ve...

pere se escapó el pirata.

DIEGO Cierto, y este es el asunto,  
pues no es dable averiguar  
por dónde pudo escapar,  
si no es por un solo punto.

- PEDRO ¿Por cuál?  
DIEGO Por este camino  
que lamiendo vuestra casa  
á orillas del río pasa,  
dando fin en el molino.
- ELV. (¡Oh Dios!) (Asombro.)  
DIEGO Pero aunque ocultarse  
en el negro bosque pueda,  
yo os juro que no le queda  
más remedio que entregarse.  
Mis soldados de él en pos,  
pasado ya el aguacero,  
ó es brujo el hombre, ó yo espero  
que hoy ha de dar cuenta á Dios.  
Alerta vuestros criados,  
poned vos junto al camino;  
yo instalaré en el molino  
un pelotón de soldados.  
Y en batida general,  
por mí propio dirigida,  
mucho será que con vida  
escape hoy el criminal.
- ELV. (A Diego.)  
Me asombra tu celo.
- DIEGO ¿Pues?  
¿No es esta mi obligación?  
ELV. Tal vez haya otra razón  
que estimule tu interés.
- PEDRO ¡Si son móviles honrados!...  
DIEGO Nada hay en ellos que asombre;  
pregonada tiene ese hombre  
su cabeza en mil ducados.  
Muerto ó vivo, en buena ley  
trataré de darle alcance;  
y si salgo bien del lance,  
me hago rico y sirvo al Rey.  
¿No es acaso la pobreza  
á nuestro amor importuna?  
Pues á hallar voy mi fortuna  
de un bandido en la cabeza.
- ELV. ¡Precio de sangre! ¡Qué horror!  
DIEGO ¡Y se maravilla! ¿Hay tal,  
Pedro Alonso?
- PEDRO Es natural:



en su inocente candor,  
no entiende...

ELV. No: ni tal quiero,  
aunque alguien necia me llame.  
¡Yo entender que hay quién derrame  
sangre humana por dinero!  
¿De igual modo pensáis vos?  
PEDRO No. Que al Rey servís así.  
DIEGO Luego, ¿ayudaréisme?  
PEDRO Sí.  
DIEGO Pues me basta. Adiós.  
PEDRO Adiós. (Vase Diego.)

## ESCENA IV

PEDRO ALONSO, ELVIRA y ALDONZA

PEDRO Voy las órdenes á dar,  
porque todo á punto esté.  
ELV. No os molestéis... yo lo haré.  
PEDRO ¡Tú!...  
ELV. Sí. Vos id á cenar.  
¡Aldonza! (Llama.)  
ALD. (Sale á la puerta.) ¡Al fin!... ¿Es ya justo  
que cenéis?  
PEDRO (A Elvira.) Mas, por tu vida,  
¿no has dicho?...  
ELV. (A don Pedro.) Id.  
PEDRO Si se te olvida,  
y nos da el pirata un susto...  
ELV. No temais...  
(Le empuja suavemente y vase don Pedro Alonso con  
Aldonza.)  
PEDRO ¡Volveré luego!...

## ESCENA V

ELVIRA

¿Vendrá ese hombre, ó no vendrá?  
¡Temblando estoy!... ¿Si será  
el mismo que busca Diego?

Por Aldonza recibí  
un papel suyo esta tarde,  
diciéndome que le aguarde  
al oscurecer aquí...

Ya oscureció... y no ha venido...

¿Habrá cambiado de idea?...

Mas si viene, ¡que no sea,  
Virgen santa, ese bandido!...

¡Ah! me parece escuchar  
en el árbol un rumor...

No, no es nada. Es el temor,  
que hasta al silencio hace hablar.

Cierro... y queda así tranquilo...

(Va á cerrar la ventana y se para, aterrada, al oír su  
nombre.)

JUAN

(Dentro.)

¡Elvira!

ELV.

¡Jesús!... ¿Sois vos?...

JUAN

Soy quien os pide, por Dios,  
en vuestra casa un asilo.

ELV.

¡Dios de mi alma!

(Indecisa. Juan Alonso salta por la ventana y entra  
en la escena.)

## ESCENA VI

ELVIRA y JUAN ALONSO

JUAN

No es razón  
que tiembles así, hija mía.  
¿Miedo tienes á quien fía  
en tu noble compasión?

ELV.

Yo no os conozco, y no sé  
por qué me buskais aquí,  
ni por qué ponéis en mí  
tan á ciegas vuestra fe.

JUAN

Porque, fiera perseguida,  
es tan extraña mi suerte,  
que huyendo voy de la muerte  
cuando aborrezco la vida.

ELV.

Pero, en fin, ¿quién sois?

JUAN

¡Quién soy!..

Si á decirlo me atreviera,

lástima y horror te diera  
verme cual viéndome estoy.  
Después del ángel que osó  
contra el divino poder,  
no hay en los orbes un sér  
más desdichado que yo.  
¿Me ves maltrecho y perdido,  
sin aliento y sin consuelo?  
Pues ya contra tierra y cielo  
con fortuna he combatido.  
Y hoy á un mísero rincón  
viene á desahogar su pecho  
quien hasta el mar halló estrecho  
para su loca ambición.

ELV. ¡El pirata! (Con terror, separándose de él.)

JUAN

¡Cálmate!

¡No huyas de mí: te lo pido  
por el último gemido  
de tu madre... á quien yo amé!

ELV.

¡Vos!... ¿Ultrajais la memoria  
de mi madre?...

JUAN

¡Yo! No, Elvira,

Quizá ella también me mira  
con amor desde la gloria.

Quizá ha seguido anhelante,  
y previendo mi destino,  
el tortuoso camino

de mi triste vida errante;  
quizá de Dios los enojos  
apacó su oración pura,  
y á ella debo la ventura

de que hoy te vean mis ojos.

ELV.

¡Callad, por la Virgen santal  
que ó vos me estais engañando,

ó yo voy adivinando

un misterio que me espanta.

JUAN

Intento satisfacer

tu curiosidad notoria.

ELV.

Pues suprimid esa historia...

Ya nada quiero saber.

JUAN

(¡Ah, maldición! ¿Ni á su lado  
consuelo ha de hallar mi pena?

¿Es que el cielo me condena  
á morir desesperado?)

ELV. ¿No os vais? (Con indecisión)  
JUAN ¿Me arrojas de aquí,

sin preguntarme siquiera  
por qué razón mi postrera  
esperanza pongo en tí?  
Cuando una inmensa aflicción  
viene á implorar tu piedad,  
¿cierras á la caridad  
las puértas del corazón?

ELV. ¿No veis de la duda impía  
el signo en mi frente impreso,  
y que está bajo su peso  
ahogándose el alma mía?

Cierto; vuestra voz siniestra  
mi piedad está implorando;  
mas, ¿he de otorgarla cuando  
quizá yo implore la vuestra?

JUAN (Duda un momento y se dirige á la ventana.)

Bien; me voy, pues que de tí  
nada mi infortunio alcanza.

¡Ya sé que no hay esperanza  
de redención para mí!

Será el sepulcro el abrigo  
que fin á mis penas dé,  
aunque en mi alma llevaré  
la señal de mi castigo.

Por borrar la maldición  
que mi torpe sien abrasa,  
vine á buscar á esta casa  
un abrazo y un perdón.

¡Mas roto ya todo lazo  
que al mundo me pudo unir,  
voy á morir... á morir  
sin perdón y sin abrazo!

¡Adiós!...

ELV. ¡Esperad!... ¡Dios mío!

JUAN ¿Para qué?

ELV. Para saber

si hay, por ventura, un deber  
que se imponga á mi desvío.

JUAN ¿No te obliga el desgraciado  
que huyendo la muerte va?

ELV. Tal vez no, si ese hombre está  
por Dios y el Rey condenado.

JUAN

¿Y si ese hombre, por temor  
de afligirte y de humillarte,  
se empeñara en ocultarte  
la intensidad de su amor?  
¿Y si, ahogado por el llanto,  
sacrificara á otros bienes  
la obligación que tú tienes  
de ampararle en su quebranto?  
¿Y si su alma atribulada  
pide, por extraño modo,  
para su infortunio todo,  
para sus derechos nada?...  
¡Ah! Tal vez la mar serena  
levanta ola embravecida,  
que luego en mansa corrida  
callando muere en la arena:  
así, por no hacerte agravio,  
ola de amor infinito  
que rugir quiere en un grito,  
callando muere en mi labio.  
¡Jesús, Jesús!

ELV.

JUAN

ELV.

Con Dios queda.  
¡Oh! No os vais; ahora os lo exijo,  
porque si sois quien colijo,  
todo á vuestro nombre ceda.  
Infortunio, deshonor,  
sentencia justa del Rey,  
todo ceda ante la ley  
imperiosa del amor.  
¿Quién sois?

JUAN

ELV.

(Vacilante.) ¡Elviral!  
Acabad,  
ya que me robáis la calma.

JUAN

¿Quién sois?  
(Arranque concentrado.)  
¡Hija de mi alma,  
ten de tu padre piedad! (De rodillas.)

ELV.

JUAN

ELV.

JUAN

¡Padre! (Abrazándole.)  
¡Calla!  
¡Padre mío!  
¡Calla, Elvira, y no te asombre  
que al escuchar ese nombre  
sienta horror, y miedo y frío!  
¡Elvira! (Besándole las manos.)

- ELV. ¡A mis plantas vos!  
¡Qué monstruosidad!
- JUAN ¡Ah, sí!  
Tienes razón; que es aquí  
monstruo alguno de los dos;  
mas Dios quiso en tí poner  
la virtud que en tí se admira;  
pues si hay aquí un monstruo, Elvira,  
¿quién de los dos puede ser?
- ELV. ¡Oh! Arranead de la memoria  
la historia de vuestra vida;  
para una hija bien nacida,  
su padre no tiene historia.  
¡A mis brazos!
- JUAN ¡No! Reeeelo  
que es ilusión de mi mente:  
¿cómo subir de repente  
desde el abismo hasta el cielo?  
¿Ni cómo, aun siendo verdad,  
los brazos de un malhechor  
van á empañar el candor  
de tu angélica beldad?  
¡Goza tú el fulgor eterno  
del bien que hasta el mal estima;  
deja al réprobo que gima  
en las sombras del averno!
- ELV. (Abrazándole á pesar suyo.)  
¡Desdichado padre mío!  
Romped estos fuertes lazos...  
¿Verdad que no hay en mis brazos  
ni horror, ni miedo ni frío?
- JUAN ¡Hija, hija! (sollozando.)
- ELV. ¡Ya lloráis!
- JUAN Ya os vais curando, señor.  
¡Lágrimas santas de amor,  
benditas de Dios seáis!
- (Pedro Alonso abre la puerta izquierda, y sale con  
agitación.)

## ESCENA VII

DICHOS y PEDRO ALONSO

- PEDRO ¡Elvira!... ¡Atrás!
- ELV. (¡Jesús!)
- JUAN (Retrocediendo.) (¡Oh!)
- PEDRO ¿Quién grita? ¿Quién sollozaba?  
¡Elvira! (Gritando.)
- ELV. ¡Señor! (Acercándose)
- PEDRO (La coge convulsivamente entre sus brazos.)  
Pensaba...  
¿Pero en qué pensaba yo?  
(Como volviendo en sí.)
- ELV. ¿Qué tenéis?
- PEDRO No sé... Quedé  
después de cenar dormido,  
y algo como llanto y ruido  
de voces oír pensé.  
Sueño era, y tan agitado,  
que me arrojó del sillón.  
No sé por qué el corazón  
lo tengo aun sobresaltado.  
¡Ya pasó!...
- ELV. (Indecisa y acariciándole.)  
¡Padre! Yo os ruego...
- JUAN (¡Si olvidará mis agravios!)  
(Se acerca silenciosamente y le besa la mano.)
- PEDRO (Al sentir el beso)  
¡Eh! ¿De quien son estos labios  
que dejan rastro de fuego?
- ELV. Son de un pobre peregrino  
que á ignota región se lanza,  
sin la luz de una esperanza  
que ilumine su camino.  
Son de un náufrago maltrecho  
que á la orilla arroja el mar,  
y que viene á demandar  
socorro á este noble techo.
- PEDRO Mas confusa mi razón,  
por qué abrasan no presume.

JUAN Señor, porque los consume  
la ardiente sed de un perdón.

PEDRO ¿Qué dice? ¿Qué extraño acento  
entre mi hija y yo interviene?  
¡Elvira! ¿De dónde viene  
ese hombre? ¿Cuál es su intento?

JUAN Anciano, cuya mirada  
el infortunio apagó,  
mártir de un hijo que hirió  
vuestra frente inmaculada,  
ya que mi acento apagado,  
como esos ojos queridos,  
no vibra con los gemidos  
de mi pecho acongojado,  
ni en vuestra ya infiel memoria  
recuerdo alguno despierta,  
¡oid!... si es que el labio acierta  
á referiros mi historia.  
No lejos de aquí nací,  
con destino, al parecer,  
infausto, pues que al nacer  
la muerte á mi madre dí.  
Tan hidalgo como vos  
mi padre, que era soldado,  
criome casi entregado  
á la voluntad de Dios.  
Mas el hombre en el mal crece  
sin el calor de una madre  
ni la autoridad de un padre  
que sus pasos enderece;  
porque es tierna planta el niño,  
que há menester casi tanto  
del suave riego del llanto  
como del sol del cariño.  
Libre, pues, jamás rendí  
mi albedrío en vasallaje,  
y del instinto salvaje  
el impulso obedecí.  
Ni el honor, ni la razón,  
ni el decoro, ni el deber  
lograron nunca tener  
imperio en mi corazón.  
Así llegué á aquella edad,  
en que el alma enloquecida



se forja una nueva vida  
de amor y felicidad.  
Dulce edad, en que los giros  
de las perfumadas brisas  
son algo como sonrisas,  
y miradas y suspiros...  
Contra el paterno interés  
que quiso atajarme en vano,  
puse corazón y mano  
de una mujer á los piés.  
Su amor la luz me mostraba  
del bien... Pero ¡suerte impía!  
Mi padre la aborrecía  
tanto como yo la amaba.  
Y en la discordia cruel  
que entre los dos estalló,  
Ella ¡infeliz! sucumbió...  
¡Yo, le herí en el rostro á él!

PEDRO

(Buscando á Elvira con los brazos extendidos.)  
¡Elvira!

JUAN

Desesperado  
y conmigo mismo en guerra,  
dejé mi hogar y mi tierra:  
y cual león enjaulado  
que rompe su cárcel dura,  
y libre y feliz se siente  
al respirar el ambiente  
de selvática espesura,  
así yo, en mi ceguedad,  
venturoso me juzgué  
cuando á solas respiré  
ambiente de libertad.  
Nombre y condición fingí  
por no deshorrar la mía,  
que esta ficción requería  
le empresa que acometí.  
Y sofocando altanero  
de mi conciencia los gritos,  
fuí amontonando delitos  
para olvidar el primero.  
Pero harto el cielo quizá,  
ó movido á compasión,  
en esta noble mansión  
puerto seguro me da;

Y aquí me veis arrojado  
por misteriosa oleada,  
junto á mi hija abandonada,  
junto á mi padre ultrajado.  
PEDRO ¡Tu padre! ¿Pues todavía  
que hay llegaste á imaginar,  
quien de ti pueda aceptar  
ese nombre?... ¡Oh, no!... ¡Hija mía!  
Nadie más que tú ese amor  
y ese nombre me reclame;  
cualquiera otro que me llame  
su padre... ¡es un impostor!  
¡Ven! ¡Ven aquí! De mis brazos  
quiere arrancarte el impío;  
pero antes, yo te lo fio,  
me tiene que hacer pedazos.  
ELV. ¡Oh! ¡Deliráis!

JUAN  
PEDRO  
JUAN  
PEDRO

Sí; delira.  
De su engaño víctima eres (A Elvira.)  
¡Señor!  
(A él.) ¡Si sé lo que quieres!  
Quieres llevarte á mi Elvira.  
Mas ¡qué! ¿puedes tú negar  
que ella á mí me debe el ser?  
¡Quien la ha enseñado á creer,  
ese la ha enseñado á amar!  
Huye, pues, que tu presencia  
más me obliga á detestarte;  
vete á arrojar á otra parte  
el cieno de tu conciencia.

ELV.  
JUAN

¡Padre! (Al anciano.)  
No pidas por mí.  
Ya que no oye mi gemido,  
me voy. Moriré bandido  
como bandido viví.

ELV.  
PEDRO  
ELV.  
PEDRO  
ELV.

(Con imperio á Juan Alonso)  
No os mováis; lo mando yo.  
¡Tú!  
¡Yo!  
¿Y llegas á atreverte?...  
(Con brío.)  
Me atrevo á evitar la muerte  
del hombre que me engendró.  
Ni os puede maravillar

que cumpla con mi deber:  
quien me ha enseñado á crecer  
me ha enseñado á perdonar.

PEDRO  
ELV.

¡Hija!  
Dudo que me cuadre  
ese nombre, aunque os affija.  
¿Cómo puedo ser la hija  
de quien detesta á mi padre?

PEDRO

(Confuso.)  
¡Ah!

JUAN

(Mirando al cielo con reconocimiento y efusión.)  
¡Bendícela, Señor,  
que su alma noble iluminas!...  
Tú, que de un tallo de espigas  
brotar hiciste esa flor.

ELV.

(A Pedro Alonso.)  
Y después de tanto anhelo,  
aun no sabéis lo que pasa.

PEDRO  
ELV.

¿Qué más?  
Que está en nuestra casa  
Martín Vargas.

PEDRO

(Aterrado, y no queriendo comprender )  
¡Justo cielo!...

¡Eh!...

ELV.

El mismo.

PEDRO

¡Oh, Dios piadoso!  
¡Que suene mi hora postrera!

ELV.

La deshonra nos espera,  
y á él un suplicio afrentoso.  
Haced, pues, que la justicia  
se lleve á vuestro hijo luego...  
echad esa presa á Diego  
para saciar su codicia.  
De Vargas por el castigo  
mil ducados el Rey da,  
y Diego tras ellos va  
para casarse conmigo. (Ironía con lágrimas.)  
Pues bien; ¡ya que la pobreza  
á él y á nosotros apura,  
tengo una dote segura...  
de mi padre en la cabeza!

PEDRO

¡Horror! (Llaman á la puerta de la calle. Pausa.)

ELV.

¡Silencio!

PEDRO

¡Llamaron!

- ELV. ¡Sil... Temblando lo escuché.  
¡Veamos!... (Se dirige á la ventana y mira.)  
¡Dios mío!
- PEDRO ¡Qué!
- ELV. ¡Le buscaban!... ¡le encontraron!...
- PEDRO ¿Diego?
- ELV. Diego es y su gente,  
que la ansiada presa husmea... (Mirando.)  
Toda la casa rodea...  
¡No hay salida!
- JUAN Dios clemente  
lo dispone así: dejad  
que cumpla, pues, mi destino.
- ELV. No; que Dios abre camino  
á una firme voluntad.
- PEDRO ¿Qué intentas hacer?
- ELV. (Abre la puerta derecha y dice á Juan Alonso.)  
Aquí,  
aquí oculto.
- JUAN ¿Para qué?
- ELV. ¡Déjame.  
¡No! Que yo sé  
que él no ha de arrollarme á mí.  
(Empuja á Juan Alonso, y le hace entrar en la habitación.)
- ALD. ¡Aldonzal (Llamando.)  
(Sale.) ¡Señora mía!
- ELV. ¡Llamando están!
- ALD. A deshora...  
¿Y qué hacer?
- ELV. ¡Abrir!
- ALD. ¡Señora!...
- PEDRO ¡Abre!
- ALD. ¡Voy!... (¡Virgen María!) (vase foro.)

## ESCENA VIII

ELVIRA y PEDRO ALONSO

- PEDRO Tal confianza en su amor  
pienso que te va á engañar.
- ELV. ¿Por qué?
- PEDRO Para un militar,

lo primero es el honor.  
Y el honor comprometido  
sin duda alguna lo tiene,  
pues si él con su gente viene,  
viene á todo decidido.

ELV.

¡Oh, padre! no me robeis  
la esperanza en su nobleza.  
Necesita mi entereza  
que vos también la ampareis.

(Diego aparece en la puerta del fondo con Aldonza.  
Elvira, al verle, se dirige instintivamente á defender  
la habitación en que está oculto Juan Alonso.)

## ESCENA IX

DICHOS, DIEGO y ALDONZA

ELV.

(¡Eh!)

ALD.

(A Diego.) Pasad.

DIEGO

(En el umbral.) No sin licencia.

PEDRO

Que vos la pidais me extraña.

DIEGO

No soy yo: es el rey de España  
quien guarda esta deferencia.

(Elvira hace señas á Aldouza para que se vaya por la  
izquierda. Se va en efecto.)

## ESCENA X

ELVIRA, PEDRO ALONSO, DIEGO

PEDRO

¡El rey! Eso es obligarme  
á que os oiga con respeto,  
porque es muy alto el sujeto  
que viene esta noche á honrarme.

DIEGO

Pues habla el rey. Escuchad: (Lee.)  
«Donde quiera que el bandido  
Martín Vargas fuere habido,  
de solo la identidad  
de su persona se trate,  
y así que esto se resuelva,  
baste un monje que lo absuelva

y un arcabuz que lo mate.  
Mil ducados al leal  
que á librar á España acierte  
del traidor. Pena de muerte  
al que ampáre al criminal.»  
(Un momento de pausa.)

PEDRO

Bien, ¿y qué?

DIEGO

Que hoy os pedí  
vuestro auxilio: que marché  
fiado en vos... y que sé  
que el criminal está aquí.

PEDRO

¿Y os lo ha dicho?...

DIEGO

Quien le vió  
por esa ventana entrar.

PEDRO

Pues yo me atrevo á afirmar  
que quien lo vió se engañó.

DIEGO

¿Y no pudiérais vos ser  
el engañado?

PEDRO.

(con vigor.) ¡No está  
Martín Vargas!

DIEGO

Pues será  
otro, y á ese otro he de ver.

ELV.

Viene de sobra arrogante  
el galán enamorado...  
¡Qué oficio trae! Ha cambiado  
por el de esbirro el de amante.  
¡Y bien que lo hace, á fe mía!  
¡Elvira!

DIEGO

ELV.

¡Diego!

DIEGO

Repara...

ELV.

¡Ah! Sí; reparo .. en tu cara  
que no es ya la que solía.

DIEGO

Miente el rostro, porque dentro  
del pecho mi amante afán...

ELV.

Pues ¿cómo busco al galán,  
y sólo al esbirro encuentro?

DIEGO

¿Y en qué el galán te faltó?  
Él deber me trae aquí.  
Un hombre ocultáis de mí:  
tras de ese hombre vengo yo.  
Y si no del rey el nombre  
me autorizara... quizá  
mis celos bastarán ya  
para ver quién es ese hombre.

- PEDRO (¡Oh tormento!)
- ELV. Diego, escucha...  
Si es menester hablar cuando  
está el semblante mostrando  
del alma terrible lucha...  
retírate, y que tu gente  
también se retire... ¡Mira  
que te lo pide tu Elvira  
puesta en el polvo la frente! (De rodillas.)
- DIEGO ¿Qué haces? ¡Tú puesta á mis pies  
lágrimas tristes vertiendo!  
Pues tu interés, que no entiendo,  
más excita mi interés.
- ELV. ¡Diego! (Levantándose.)  
No, no es hombre honrado  
quien desoye mis gemidos.
- DIEGO ¡Si aun de mis propios sentidos  
temo ya ser engañado!  
¡Paso! (Queriendo entrar.)
- ELV. ¡Atrás!
- DIEGO ¡Viven los cielos,  
que quién es he de saber,  
más que á impulso del deber,  
á estímulo de mis celos!
- ELV. Haz, pues, lo que bien te cuadre;  
mi resistencia has vencido.  
Aquí dentro está el bandido;  
pero el bandido es mi padre.
- DIEGO ¡Tu padre!
- PEDRO ¡Vuestro hijol (A Pedro Alonso.)  
¡Juan  
Alonso es!
- DIEGO ¡Oh, maldición!
- ELV. ¡Mátale... sin compasión!  
¡Mil ducados!
- DIEGO (Dirigiéndose á la ventana, después de unos momen-  
tos de vacilación y lucha.)  
¡Y ahí están  
impacientes esperando  
á Vargas... y aquí la ley,  
el deber, la orden del Rey,  
sobre nosotros pesandol
- PEDRO Diego, sabéis la verdad;  
por el Rey venís aquí,

- yo como padre cumplí,  
ahora á vuestro antojo obrad.  
DIEGO Hable el deber.  
ELV. No, á fe mía,  
que va á hablar en nuestra mengua;  
arranca al deber la lengua  
y hable sólo tu hidalguía.  
DIEGO (Después de un momento de inquieta reflexión, como  
asaltado por una idea.)  
¡Ahl responded.  
ELV. ¿Qué has pensado?  
DIEGO (A Pedro Alonso.)  
¿Podéis vos decir de fijo  
que es Juan Alonso vuestro hijo  
el que ahí habéis ocultado?  
PEDRO ¡Cómo!  
ELV. ¡Qué ideal!  
DIEGO Cabal.  
Una idea peregrina.  
Mas ¿qué hombre honrado adivina  
lo que sabe un criminal?  
(A Elvira.)  
Tú jamás has conocido  
á tu padre. (A Pedro Alonso.) Vos...  
PEDRO (Vacilando.) ¡Yo!...  
DIEGO Juro  
que vaciláis...  
PEDRO De seguro  
no diría...  
ELV. (Está perdido.)  
DIEGO ¡Ahl lo veis.  
ELV. Si él refirió  
su historia punto por punto.  
PEDRO Tanto... no; así en conjunto...  
Y aun en algo no acertó.  
Que yo aborrecí, nos dijo,  
á tu madre, y no es verdad.  
DIEGO Quizá por casualidad  
ha conocido á vuestro hijo.  
Le oyó referir su historia,  
y él, al verse hoy acosado,  
esa historia os ha contado  
mal guardada en su memoria.  
Salvar creyó, á lo que veo,



su vida con ese ardid.  
Pero en vano.

ELV.  
DIEGO

(¡Oh, Dios!)

Abrid.

(Va á dirigirse á la puerta, que se abre, y aparece  
Juan Alonso.)

JUAN

No os molestéis; ya abre el reo.

## ESCENA XI

DICHOS y JUAN ALONSO

ELV.  
JUAN

¡Padre! (A Juan Alonso.)

Ese nombre bendito  
hace á vuestro honor agravio.  
Nunca más de vuestro labio  
vuelva á salir ese grito.

ELV.  
JUAN

¿Qué significa?...

Que fui  
de Alonso casi un hermano,  
y que cobarde é inhumano  
su nombre he usurpado aquí.

ELV.  
PEDRO

Que no sois...

(¡Oh, Dios clemente!

¡Gracias!)

JUAN  
ELV.

¡Vuestro padre yol...

¿Es decir, que me engañó  
mi corazón inocente?  
¿Que sólo por darme enojos  
habéis el llanto fingido,  
que, al correr, se ha confundido  
con el llanto de mis ojos?

JUAN

(¡Bien merezco que taladre  
mi corazón su dolor!)

ELV.

(A Pedro Alonso.)

¿Hay en el mundo, señor,  
quien finja el amor de padre?

PEDRO

No le hay.

ELV.

(A Juan Alonso.)

Pues mentís.

JUAN

No miento.

Si yo vuestro padre fuera,  
¿cómo, Elvira, os lo dijera

cuando al decirlo os afrento?  
Al crimen y á la ficción  
tanto me llegué á avezar,  
que he aprendido á hacer vibrar  
las cuerdas del corazón.  
Finjo el llanto y la locura,  
el dolor y el regocijo;  
y la obediencia del hijo,  
y del padre la ternura...  
Para probároslo, voy  
á arrojarme ahora á esos pies  
(Se arroja á los de Pedro Alonso.)  
diciendo: tú no me ves,  
padre, pero tu hijo soy.  
De Dios la piedad imita  
con éste hijo infortunado,  
que para morir honrado  
de tu perdón necesita.  
Perdónale, pues, y advierte  
que tu piedad generosa,  
por una vida afrentosa  
va á darle una dulce muerte.

ELV.  
PEDRO

¡Él es!  
¡Hijo! (Abrazándole.) No; no quiero,  
no quiero que mueras.

ELV.

(A Diego.) ¡Mira!  
Con el padre de tu Elvira,  
¿qué va á hacer tu rigor fiero?  
Lo que el Rey manda.

DIEGO  
PEDRO

¡Oh, cruel!  
No lo arrancarás de aquí.

DIEGO

Pues me condenáis á mí.  
Iré yo á morir por él.

ELV.

¡Tú!

DIEGO

¿Pues no? La orden real,  
clara y severa, previene  
que pena de muerte tiene  
quien ampare al criminal.

ELV.

(Abrazando á Juan Alonso.)

PEDRO

¡Él morir! ¡Nunca!  
No; ¡atrás!

JUAN

(Se abraza también á él.)  
¡Oh, qué inefable consuelo!  
Hoy debo una dicha al cielo

que no he sentido jamás.)  
¿Por qué atormentáis así  
vuestro espíritu agitado? (A Pedro.)  
El perdón que me habéis dado  
es para él, no para mí.  
Lo espera en la eternidad,  
y á llevarse lo ahora voy:  
Que yo no soy él... yo soy  
la voz de su iniquidad.  
Mas porque Dios soberano  
mayor cuenta no le exija,  
llevo el abrazo de la hija  
con el perdón del anciano.  
Si Juan Alonso, señor,  
en mi lugar estuviera,  
mil veces morir quisiera  
por gozar de tanto amor.  
Ni es muerte resucitar  
de la ignominia y el vicio,  
para ver en el suplicio  
más que una afrenta, un altar.  
¡Adiós, pues!

ELV.  
PEDRO  
JUAN

¡No!

¡Ya el momento  
ha llegado!... No lloréis...

(Abraza á su hija; luego se arrodilla delante de su padre y le besa la mano. Se levanta y vuelve á abrazar de nuevo á entrambos conteniendo apenas los sollozos.)

ELV.  
JUAN

¡Padre! ¡Padre!

Aquí tenéis,

Elvira, mi testamento. (Dándole una cajita.)

¡Ahora, cúmplase la ley!

(Se separa de ellos, y va á Diego.)

Alférez, á vos me entrego.

(Cae medio desvanecido en un sillón.)

¡Ay!

PEDRO

ELV.  
DIEGO  
JUAN  
ELV.  
JUAN

¿Y tú le matas, Diego?

Yo no le mato: es el Rey.

¡Vamos!..

¡Jamás!

¡Vamos, presto!

(Vanse apresuradamente por el fondo y cierran la puerta.)

## ESCENA ÚLTIMA

ELVIRA y PEDRO ALONSO

ELV. ¡Cerraron!... (Se arroja en brazos de Pedro Alonso.)  
¡Ah, padre amado!

PEDRO Dios así lo ha decretado;  
él nos ampare.

ELV. (Reparando en lo que tiene en la mano.)  
¿Qué es esto?

(Abre la cajita, saca un papel y un medallón, y lee.)

«Elvira, yo soy tu padre,  
y al morir, tu infamia evito;  
te dejo con este escrito  
el retrato de tu madre.  
Reza siempre por los dos,  
que tanto aquí nos amamos;  
reza porque nos unamos  
en la presencia de Dios.»

PEDRO ¡Ah!

ELV. ¿Lo véis?

PEDRO A Dios le plugo..

ELV. Aun hay tiempo de salvarle.

PEDRO ¿Qué vas á hacer?

ELV. A arrancarle  
de las manos del verdugo.

PEDRO ¡Hija!

ELV. ¡Vamos!...

PEDRO Vamos... sí.

(Dirigense hacia la puerta, y suena fuera un dis-  
paro de arcabuz algo lejano.)

ELV. ¡Oh! (Cayendo de rodillas.)

PEDRO ¡Jesús! (Sosteniéndose en el respaldo del sillón.)

ELV. ¡Justicia cruel!

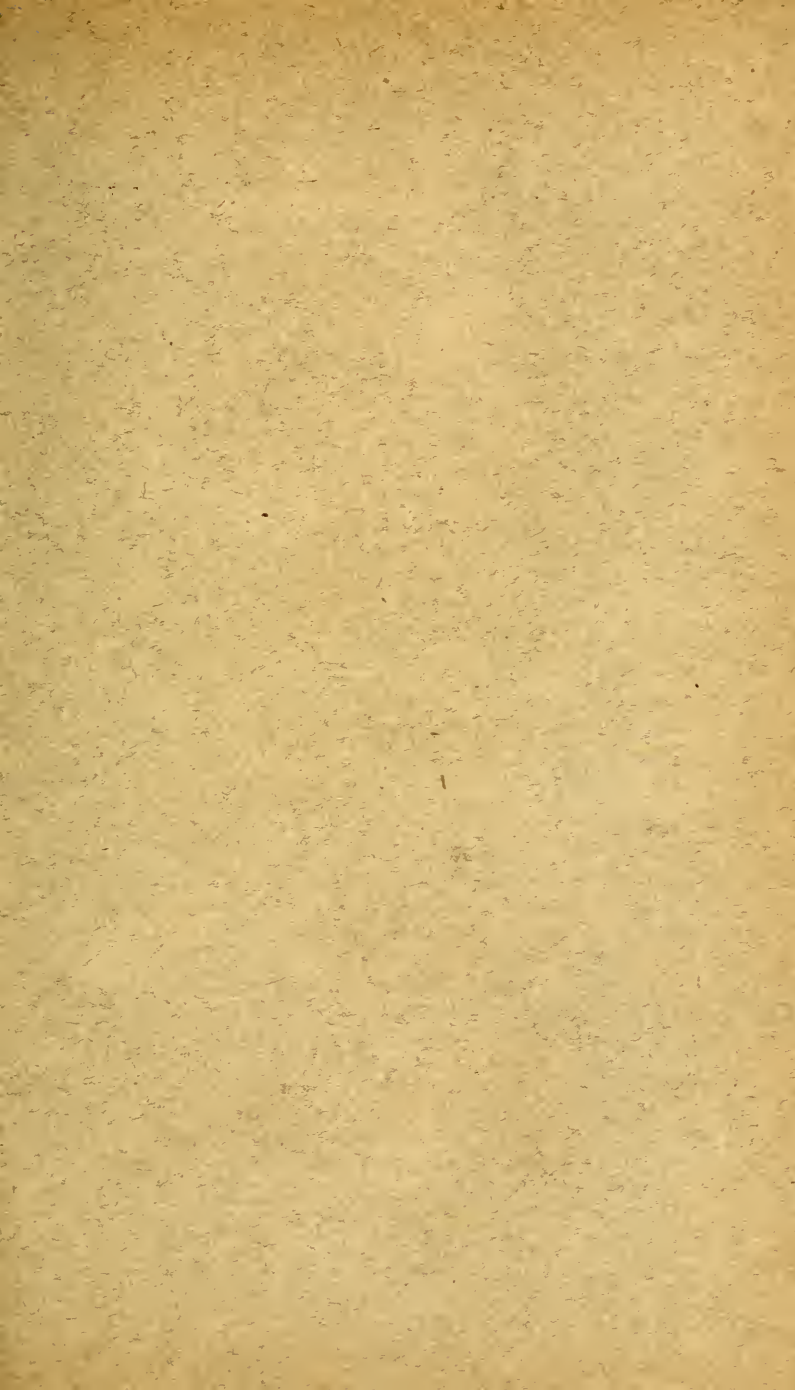
PEDRO ¡Perdón, Señor, para él!

¡Piedad, Señor, para mí!

ELV. ¡Diego! ¡Diego! Entre los dos  
un abismo abre hoy tu diestra.

Mientras vivais, seré vuestra, (A Pedro.)  
y después seré de Dios.

TELON



# PUNTOS DE VENTA

---

## MADRID

Librerías de los *Sres Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.<sup>a</sup>*, calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

## PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

---

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no seran servidos.